

Sabe el demonio que no puede herir de muerte á los religiosos; que no puede hacerles cometer fácilmente el pecado mortal, porque tienen su alma admirablemente defendida con el muro de los santos votos que ayudan á guardar los mandamientos y con el de las santas Reglas que facilitan la observancia de aquéllos y les sirven de defensa. Y como la religiosa, es decir, la buena religiosa, la religiosa observante y fervorosa no se contenta con observar la Ley de Dios, sino que procura guardar también con esmero los santos votos y las Constituciones y Reglas que facilitan su cumplimiento, por ello es muy difícil, es moralmente imposible que llegue á ofender á Dios en materia grave. Lo más que puede acontecer es que falte á la observancia de alguna regla, cuya transgresión pronto se repara; y esta es la manera de asegurar la guarda de los mandamientos divinos, y por tanto, la salvación del alma; pues, como dice Santo Tomás, «difícilmente podrá guardar los preceptos quien no quiera guardar los consejos y tratar de perfección» (1). Pero á la religiosa la es sumamente fácil esta observancia con la ayuda de Dios, en cuya presencia así lo ha prometido. Y veis aquí la primera ventaja que os procura la vida religiosa, esto es, la seguridad moral de salir siempre ilesas de los rudos ataques y malignas sugerencias de vuestros enemigos, merced al triple muro de defensa que guarda vuestras almas. Pero hay otra utilidad no menos digna de ser apreciada, y es que

2.^a *En la Religión son más abundantes los medios de santificación.*—¿Quién lo duda? Así es, hermanas mías, pues los actos religiosos, las horas de trabajo, de silencio y aun las de mera recreación y esparcimiento, tan sabiamente distribuidas, que en ella se practican, constituyen un ejercicio continuo, aunque suave, de cristiana mortificación que faci-

(1) Quodlib. IV, art. 23.

lita al alma inmensos beneficios; son una fragua siempre encendida en que se purifica y en donde adquiere el hábito del sufrimiento y de la abnegación, y ese temple divino que tanto necesita y que ha distinguido en todo tiempo á las almas fervorosas. Además, en la práctica constante de las Reglas que á tantos pormenores descenden, pues todo lo han previsto para hacerlo meritorio, os vais adiestrando en el ejercicio de todas las virtudes: en la templanza y sobriedad, no comiendo ni bebiendo fuera de tiempo sin el debido permiso; en el silencio, guardándolo religiosamente en las horas prescriptas; en la modestia y recogimiento, refrenando los sentidos del cuerpo y vigilando todos sus movimientos; en la pobreza de espíritu, teniendo el corazón desprendido de los bienes de la tierra, obligándoos á ser pobres en la comida, en el vestido, en la sencillez y modestia de la habitación, contentándoos con lo absolutamente necesario y regocijándoos si alguna vez ni aun esto podéis lograr; en la castidad, renunciando á todos los placeres y satisfacciones que pueden halagar el sentido; en la obediencia, sometiendoos por amor de Jesucristo á la voluntad racional de vuestros superiores, medios todos eficacísimos para purificaros insensiblemente de los pecados que hayáis cometido, para conservar el fervor en vuestros corazones, para destruir y aniquilar, si fuera posible, el amor propio, para adquirir todas las virtudes y haceros pronto santas.

También en la Religión os veis estimuladas por los buenos ejemplos que continuamente os ofrecen las hermanas más fervorosas y con tanta elocuencia os solicitan é inducen á la práctica de las virtudes, haciéndoos más llevadero el yugo del Señor. ¡Ah! Cuán cierto es que en el mundo habíais de luchar con todo lo que os rodeaba; mil obstáculos se oponían siempre á la ejecución de vuestros deseos, siquiera fuesen santos. Pero aquí, en la Religión, todo lo que veis os sirve

de ejemplo y de instrucción, todo os ayuda á servir á Dios, todo os arguye y reprende si faltáis, todo os estimula si des-fallecéis, todo os santifica si cumplís. Aquí se ejercitan todas las virtudes, y sobre todo se ejercita la caridad, el amor, el verdadero amor, aquí se ama de veras. El mundo ignora cómo se practica esta reina de las virtudes (1) en la Religión, cómo se aman las religiosas, cómo se ayudan en sus dificultades, cómo se consuelan en sus aflicciones y quebrantos, con qué amor se sirven en la enfermedad, qué solicitud despierta en sus corazones la salud y bienestar de la última de sus hermanas—si es que en la Religión se conocen las categorías—y qué fervorosas súplicas, cuántas mortificaciones, comuniones y sufragios elevan al cielo todos los días por el eterno descanso de las que han muerto en el ósculo del Señor. El mundo, repito, no conoce esta virtud, el mundo no ama... digo mal, el mundo ama y ama mucho y ama apasionadamente, pero no ama lo que debiera amar; para lo único que no ama y que debería ser el blanco de sus amores, sólo tiene fría indiferencia y glacial egoísmo. Y luego se lamenta de que no halla amigos verdaderos. ¿Cómo ha de hallarlos, si es egoísta? El egoísta no tiene amigos. Sólo la caridad atrae, une é identifica los corazones y las almas (2), y la caridad es patrimonio exclusivo de la Religión y de la Iglesia; *la caridad es Dios* (3), y *quien permanece en caridad*, ha dicho el Evangelista San Juan, *en Dios permanece y Dios en él* (4).

Por eso mora Dios entre vosotras, otorgándoos mil medios eficacísimos de santificación que os alienten y sostengan en las intrincadas sendas del espíritu; por eso, en recompensa del holocausto que le ofrecéis al consagraros en cuerpo y alma á su servicio, os concede sin tasa ni medida *el gozo en*

(1) I. Corinth., XIII, 1; I. Corinth., XIII, 13.

(2) Act., IV, 32; Hebræ., XIII, 1.

(3) I. Joann., IV, 8.

(4) I. Joann., IV, 16.

el Espíritu Santo (1) que menciona el Apóstol, y *que nadie os puede arrebatarse* (2), y os hace particioneras de esa codiciada paz que, en frase de San Pablo, *sobrepuja todo entendimiento* (3); paz que sólo experimentan, según dice el Profeta, *los que guardan la Ley divina* (4); paz que, á manera de caudaloso río, en sentir de Isaías (5), tiene virtud para apagar las llamas de los apetitos depravados, y templar el ardor de las pasiones, y regar las venas estériles y secas del corazón, y procurar celestial refrigerio á las almas escogidas. Y ¿sabéis de dónde procede esta paz, que es uno de los frutos del Espíritu Santo? (6). Procede, como dice Isaías, y es recompensa á la vez de la misma virtud; es obra de la justicia y su hermana inseparable (7), y el fruto de la justicia es el reposo y quietud del espíritu en las apacibles moradas de la confianza. Procede del *testimonio de la buena conciencia, que constituye la mayor gloria* de la religiosa (8). Procede de la segura confianza de alcanzar la corona de la vida, fundada en la promesa que hizo Jesucristo á los que dejasen por su amor todas las cosas (9). Procede, en fin, de la seguridad moral que tiene la buena religiosa de morir sonriendo en los brazos de su amorosísima Madre, y pasar á la eternidad para extasiarse en la contemplación de la inefable hermosura de Jesús (10), y embriagarse (11) en el torrente inagotable de las eternas dulzuras de la gloria. Y ved aquí la tercera utilidad y ventaja que ofrece la vida religiosa al alma que tiene la dicha de profesarla. Sí, hermanas mías:

3.^a *En la Religión se muere con más confianza.*—Morir en estado de gracia constituye el bien más deseable y la aspi-

(1) Rom., XIV, 17.

(2) Joann., XVI, 22.

(3) Philipp., IV, 7.

(4) Psal. CXVIII, 165.

(5) Isai., XLVIII, 18.

(6) Galat., V, 22.

(7) Psal. LXXXIV, 11.

(8) II. Corinth., I, 12.

(9) Matth., XIX, 29.

(10) Psal. XLIV, 5; Cant., I, 15.

(11) Psal. XXXV, 9; Cant., V, 1.

ración constante de todas las almas justas, y con harta razón, porque no hay en la tierra cosa alguna, ni negocio, ni empresa que merezca como ésta ser deseada y lograda á toda costa. Ya lo dijo el Salvador del mundo á sus discípulos, al verlos regocijados por los estupendos milagros que habían hecho. *No os alegréis por esto*, dijo, *sino porque están escritos vuestros nombres en el libro de la vida* (1), esto es, porque habéis de morir en mi gracia y amistad.

En verdad, nada de este mundo debe regocijarnos más sino el ver que andamos por los pasos y virtudes que conducen con seguridad á la patria de los santos; porque, ¿qué mayor consuelo puede haber para el alma, que hallar, entre los peligros y lazos de que está sembrada la vida, probables conjeturas, claros indicios, señales moralmente ciertas de salvación? Y ¿quién puede abrigar en su corazón mayores motivos, testimonios más evidentes de predestinación á la gloria, que la religiosa observante, puesto que la sagrada profesión que hace al pie del altar constituye un holocausto vivo, una renuncia entera, incondicional y perpetua de sus bienes, de su corazón, de su voluntad y juicio y de todo su sér al amor y servicio de Dios?... No pide tanto Jesucristo al cristiano para salvarse; con menos se contenta. *Si quieres entrar en la vida eterna*, le dice, *guarda los mandamientos* (2); no le exige más. Pero la religiosa no se contenta con observar estos preceptos; la religiosa quiere asegurar más la salvación de su alma; desea seguir las huellas de su Maestro y unirse á Él con más estrechos lazos; por eso, desprendida del mundo y de sí misma, entra en la escuela de Cristo, escuela de perfección, porque lo es de amor y de sacrificio.

Decidme: ¿qué más puede ofrecer á Dios la religiosa? ¿Con qué otra cosa podrá agradarle, si no tiene ya más que

(1) Luc., X, 20.

(2) Matth., XIX, 17.

ofrecer? Y si, como dice Jesucristo por San Mateo, *con la medida con que midiéremos seremos medidos* (1), ¿qué medida de bienes de gracia y de gloria no puede esperar la religiosa que todo lo ha renunciado, que lo ha dado todo á Dios, incluso su persona?... ¿Sabéis qué medida merece de justicia, supuesta esta divina sentencia? La que indica el Espíritu Santo por el Evangelista San Lucas: *Al que diere abundantemente*, dice, *se le dará medida buena, apretada y bien colmada hasta que rebose* (2). Verdaderamente la religiosa fiel, con sólo esto, tiene ya puesto un pie en el paraíso, dice un sabio escritor, y de ella cabe decir con San Pablo, que *vive como ciudadana del cielo* (3).

Además, Dios no se contradice; Dios no se muda (4); Dios es la verdad por esencia (5) y no puede mentir, dice San Juan Crisóstomo (6), y ha prometido con juramento *dar la vida eterna al que abandonare por su amor todas las cosas* (7); y esto hace la religiosa en su sagrada profesión. También ha llamado Dios *bienaventurados á los pobres de espíritu* y ha puesto en sus manos *el tesoro escondido* (8) del reino de los cielos (9); y por lograr ese reino eterno, se ha hecho pobre de espíritu la religiosa. Dios ha dicho por el Sabio que *al que le sirve con santo temor durante la vida, le irá bien y lo colmará de bendiciones en la hora de la muerte* (10); y ¿quién tiene más arraigado en su corazón el santo temor de Dios que la religiosa, que suele vivir con envidiable limpieza de corazón? En una palabra, Dios llega hasta el extremo inconcebible de felicitar y dar el parabién al que persevera fiel en su servicio,

(1) Matth., VII, 2; Marc., IV, 24.
 (2) Luc., VI, 38; Luc., XII, 42;
 II. Corinth., X, 13.
 (3) Philipp., III, 20; Mons. Gay,
 Virt. crist.
 (4) Núm., XXIII, 19; Malach.,
 III, 6; Hebræ., I, 12.
 (5) Exod., XXXIV, 6; Psal.

LXXXV, 15; Matth., XXII, 16; Marc.,
 XII, 14; Rom., III, 4; I. Joann., V, 6;
 Apocal., XIX, 11.
 (6) Lib. de Proverb.
 (7) Matth., XIX, 28-29.
 (8) Matth., XIII, 44.
 (9) Matth., V, 3.
 (10) Eccli., I, 13.

pues dice por Isaiás (1): Dad al varón justo la enhorabuena; decidle que bien, porque él gozará el fruto de sus buenas obras, esto es, de sus virtudes, trabajos y penitencias. Decidle que bien; esta palabra «bien», escribe el Venerable Padre Luis de Granada, encierra todos los bienes de gracia y de gloria que el corazón humano puede apetecer, como galardón de la virtud (2).

Decidlo vosotros: estribando en estos divinos testimonios y regaladas promesas, ¿quién puede andar la jornada de este mundo con planta más segura que la religiosa? ¿Quién puede vivir más confiado que ella en llegar tranquila al término de la vida y recibir en aquella última hora la regalada visita del Esposo?... En aquel momento decisivo la buena religiosa, en vez de temer, deseará con ansias de enamorada, á semejanza del Apóstol, *romper las ataduras del cuerpo* (3) *para entrar en el gozo de su Señor* (4). En aquel último trance—tan temible y angustioso de suyo—la religiosa observante, tranquila, sosegada, llena de confianza en las divinas promesas, como dice San Ambrosio (5), y columbrando los vivos esplendores de la gloria, exclamará con el Rey Profeta: *Indecible gozo experimento desde que se me dijo: Iremos á la Casa del Señor; en tus atrios descansarán nuestros pies, ¡oh Jerusalén!, para cantar eternas alabanzas al Nombre de nuestro Dios* (6).

Y ¿no tuve razón al indicaros al principio que una vez enteradas de las inestimables ventajas que os ofrece la Religión, habíais de exclamar con el Sabio: VENERUNT MIHI OMNIA BONA PARITER CUM ILLA. En verdad, con ella viniéronme juntamente todos los bienes?...

Basta, hermanas mías, que os veo impacientes con harta razón. Llegó la hora dichosa, el momento tan deseado por

(1) Isai., III, 10.

(2) Guía de pecadores, tomo 1.

(3) Philipp., I, 23.

(4) Matth., XXV, 21.

(5) Lib. 6, cap. 2, q. 12, in Evang.

(6) Psal. CXXI, 1-4.

vuestra alma (1). Subid al altar santo donde os espera el Sacerdote que, en nombre de Dios, ha de recibir vuestros votos y testificar y bendecir el místico desposorio que con vuestro amado Jesús vais á celebrar. ¡Dichosas vosotras si perseveráis en su amor y servicio hasta la muerte! Si deseáis lograr esta gracia inefable, corred á la perfección de vuestro nuevo estado con ansias vivas y deseos ardentísimos, porque los deseos son las fuerzas del alma y la raíz de la vida perfecta. Corred á la perfección para alcanzar la *margarita preciosa* (2), *el tesoro escondido* (3) *y el reino de los cielos que tenéis dentro del corazón* (4). Todo vuestro conato y deseo sea venceros á vosotras mismas; toda vuestra ansia mortificaros; todo vuestro contento humillaros; todo vuestro gusto no daros gusto alguno de esta vida. Sólo así corresponderéis dignamente á la imponderable gracia de vuestra vocación.

Y vosotros, hermanos míos, los que habéis venido á honrar con vuestra presencia este solemne acto y á dar el parabién á estas vírgenes heroicas; si no os es dado imitarlas—porque no á todos llama Dios á vida perfecta (5)—admirad á lo menos su sacrificio, que digno es de admiración por muchos motivos. Miradlas: son jóvenes; el mundo podría todavía ofrecerlas riquezas, atractivos y placeres, pero á todo renunciaron. Sus cabellos, que constituyen el adorno máspreciado de la mujer y que dan realce á su belleza, cayeron al filo de las tijeras, y su cabeza se cubrió para siempre con una toca blanca que parece las rodea de celestial aureola. Sus únicas galas son un pobre hábito negro que ha de servirles de mortaja, porque *han muerto al mundo para vivir una vida escondida en Dios con Jesucristo* (6). Miradlas, repito: pobres, humildes, ignoradas, *pasan por el mundo haciendo*

(1) Psal. XLI, 3.

(2) Matth., XIII, 45.

(3) Matth., XIII, 44.

(4) Luc., XVIII, 21.

(5) Matth., XIX, 11.

(6) Rom., VI, 8; Coloss., III, 3.

bien (1), á imitación de su Esposo, y bajan al sepulcro donde no suele escribirse ni siquiera un nombre. ¡Dichosas ellas que sólo esperan de Dios la recompensa! Y por cierto han de lograrla muy colmada (2).

Que así sea, dulcísimo Jesús Sacramentado, tiernísimo amante del corazón. Descienda hoy á raudales vuestra gracia y la virtud de vuestro Santo Espíritu sobre esta porción escogida de jóvenes novicias que, siguiendo el impulso de secreta inspiración, se consagran hoy en cuerpo y alma á vuestro amor y servicio hasta la muerte. No las desamparéis nunca, Jesús mío; aceptad sus votos, purificad sus intenciones y hacedlas pronto santas. Descienda, Señor, la plenitud de vuestro Espíritu sobre estas inocentes víctimas; que el fuego de vuestra infinita caridad abrase y consuma el holocausto; que á todos nos alumbre para conoceros (3), y nos purifique para servirlos, y nos encienda para amaros en esta vida (4) y gozaros después de la muerte en la gloria por siglos eternos.

(1) Act., X, 38; Marc., VII, 37.

(2) Génes., XV, 1; Psal. XVI, 15.

(3) Psal. CXVIII, 105; Joann., I, 9.

(4) Luc., XII, 49.

A. M. D. G.

FIN DE LA OBRA

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
De la paciencia.	9
Confianza en Dios.	25
Vida de fe.	41
Espíritu de fe.	57
Práctica de viva fe.	71
Presencia de Dios.	85
Rectitud de intención.	99
De la verdadera devoción.	113
Del pecado venial.	127
De la tibieza.	141
De la tristeza.	157
Comunión sacramental.	175
Lectura espiritual.	193
Del buen uso de la lengua.	209
De la murmuración.	225
Caridad con el prójimo.	239
Un pensamiento saludable.	255
Devoción á María.	269
Profesión religiosa.	285
Profesión religiosa.	307